

# EL ECO DEL ÁGÜEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

**SUMARIO.**—I. *La familia*, Juan Luis Blanco.—II. *Los zapatos del aveiro*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *Tu imagen*, N. Diaz Escobar.—IV. *Nubes de verano*, Fernando Araujo.—V. *La senda*, Albino Madraze.—VI. *Ella*, Rafael Quintana Medina.—VII. *Gerarquias*, Domingo Arjona.—VIII. *La felicidad*, J. G. Capilla.—Noticias.—ANUNCIOS.

## LITERATURA.

### LA FAMILIA.

La familia, hé ahí la piedra angular del edificio social, y la fuente más abundante del bien ó del mal para la sociedad.

Grande, sublime es la mision encargada al padre en el seno de su familia; es más grande aun en nuestro concepto que la de los hombres que dirigen el timon del estado: pues los deberes de estos respecto á la sociedad son vagos é indefinidos, al paso que los del padre de familia son harto manifiestos, sumamente necesarios é imprescindibles, y su omision trascendentalísima.

Quizá las naciones que miramos con desden y menosprecio por sus toscas costumbres é inmovilidad científica y política, nos han llevado grandes ventajas con respecto á la consideracion y aprecio de la sociedad doméstica. Abí está la China, que si bien estravagante, minuciosa y rutinaria en sus instituciones, deja entrever un gran pensamiento de orden y de justicia, altamente filosófico al mostrar tan gran aprecio de la familia, é inculcar tan firmemente el amor filial como una de las más grandes virtudes sociales.

Estamos muy distantes de querer proponer á esta nacion como tipo de organizacion política y social, pues sabemos muy bien que ese anonadamiento que entre ellos existe del individuo en la familia, de ésta en el estado y de este en el soberano ó príncipe, solo puede ser tolerado é impuesto á esas razas escéntricas que ignoran

la dignidad humana y se prosternan ante sus reyes como ante el santo nombre de Dios; y no á la Europa que tiene la conciencia de su destino y marcha con dignidad hácia la perfeccion social. Pero esto no impide que tengan estas naciones principios é ideas que pudieran producir gran utilidad si lograsen cabida en nuestras costumbres é instituciones.

Confucio, ese filósofo sublime, decia á uno de sus más queridos discípulos. «La piedad filial es la raiz de todas las virtudes, el manantial de todas las doctrinas.» En efecto ¿qué otra cosa es la sociedad doméstica que el taller donde se trabaja y forma al hombre para la sociedad? ¿Quién desconoce lo que pueden en los hombres las doctrinas y ejemplos que reciben en sus primeros años? Teniendo tanto poder la costumbre sobre el hombre, ¿qué alta trascendencia no ejercerá sobre su porvenir y sobre el de la sociedad entera que recibe todos los dias una porcion de estos jóvenes recién salidos del hogar paterno, cuánta será, repito, la influencia que su educacion ejerza en la sociedad?

El padre colocado en el seno de su familia ejerce una alta y sublime mision, la de formar el corazon de sus hijos para el bien, la de hacerles conocer la verdad y el error, la de formar en fin, hombres de afectos nobles y generosos que aspiren al bienestar propio y de sus semejantes.

«La familia (dice un célebre publicista del dia) es ahora más que nunca el primer elemento y el último valladar de la sociedad. Allí (prosigue) es donde se atrincheran y mantienen como en un asilo tutelar ideas y virtudes que contrapesan el movimiento escesivo y desordenado, inevitablemente suscitado en los grandes focos



de civilización de los estados. Nuestras grandes ciudades, el torbellino de sus negocios y de sus placeres, las tentaciones y perturbaciones que derraman incesantemente, arrojarían bien pronto la sociedad entera en un estado de fermentación y relajación deplorable, si la vida doméstica, esparcida do quiera sobre el territorio, su actividad serena, sus intereses permanentes, sus lazos inmutables, no opusiesen á este peligro sólidas barreras.

En el seno de la vida doméstica y bajo su influencia es donde se mantiene más seguramente la moralidad privada, base de la moralidad pública. Allí es también, y hoy casi exclusivamente en ella, donde se desenvuelve la parte afectuosa de nuestra naturaleza; la amistad, el reconocimiento, la adhesión, los lazos que unen los corazones en la asimilación de los destinos.»

Los legisladores de la antigüedad habían adulterado los elementos naturales de la sociedad doméstica; la mujer era considerada por los antiguos como un ser que solo servía para el goce material y torpe satisfacción de los sentidos; de aquí un germen maligno de inmoralidad en la familia que alejaba todo pensamiento noble y grande; el padre era el señor, su mujer y sus hijos sus esclavos: por tanto, poco podía esperarse de estas costumbres domésticas, para el perfeccionamiento social.

Mas vino un día en que el cristianismo apareció sobre la tierra, iluminando al mundo con su celestial doctrina, y entonces se proclamó la indisolubilidad del matrimonio, la igualdad de los hombres ante Dios, y Jesucristo repitió el precepto que ya había hecho oír á su pueblo desde la imponente y misteriosa oscuridad del Sinai. «Honra á tu padre y á tu madre para que vivas largos años sobre la tierra.»

Hé aquí, pues, el perfeccionamiento completo de la familia: desde entonces la mujer pudo amar á su esposo sin que lúbricas concubinas viniesen á robarle su amor; el hombre vió en ella una compañera que el cielo le daba para consolar sus dolores y enjugar sus lágrimas, los hijos vieron en su padre, no un señor, sino al hombre que les había dado el ser y á quien debían veneración, amor y gratitud. Entonces, pues, se cimentó la familia sobre sus verdaderas bases y desde esta época data la verdadera comprensión de los deberes recíprocos que esta sociedad lleva consigo.

Jesucristo respondió á los que le preguntaban si era lícito repudiar á su mujer: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.» Hé aquí un abismo de separación entre la familia antes del cristianismo y después de la aparición de este sobre la tierra. La poligamia era el cáncer de la sociedad doméstica, dando lugar á discordias

intestinas con las recíprocas pretensiones de las distintas mujeres y de la diversa familia. El divorcio, aunque no producía tan malos resultados, obraba sin embargo en mal sentido y dirección en la sociedad doméstica, pues era un terrible sueño que podía turbar la vida de la mujer y de la esposa más pura y cariñosa.

Mas las doctrinas del cristianismo ocurrieron á estos males sancionando la indisolubilidad de este sagrado vínculo, recordando á la mujer la dependencia del hombre, á este el amor que debía á su compañera y manifestando á los hijos la alta obligación que les ligaba de honrar y obedecer á los autores de sus días, prometiéndoles en recompensa aun bienes terrenos y materiales. De este modo el cristianismo dió un impulso y dirección muy favorables á la marcha de la civilización, y desde entonces la sociedad ha comenzado á recoger los preciosos y saludables frutos de moralidad y civilización que abriga la familia.

No hay virtud que no se ejercite en su seno, y se puede asegurar que el que ha sido buen hijo, buen hermano, será buen padre, y buen ciudadano, y su alma tendrá aquellas nobles aspiraciones hácia el bien que constituyen la dicha de las naciones.

Del buen régimen de cada familia resulta el bien ó el mal estar de la sociedad entera, como partes constitutivas y esenciales que son del cuerpo social, reflejándose en la sociedad el estado de la familia.

El cumplimiento exacto de los grandes deberes que la gratitud y el amor imponen á los hijos, dispone su alma para pensamientos elevados, los acostumbra á apreciar la virtud y honradez, y á ser en fin, buenos amigos, buenos esposos, y buenos ciudadanos.

La razón natural, el espíritu del cristianismo sobre todo, afianzan y regulan el buen orden de la familia, pero los legisladores deben tener en gran consideración esta, aunque pequeña, no por eso menos influyente rueda de la máquina social, de cuyo movimiento en uno ó en otro sentido pueden provenir tan grandes y distintos resultados para la sociedad.

Las tradiciones de todos géneros, las artes, las ciencias, todo el conjunto, en fin, de experiencia, que cada individuo ha podido adquirir, pasa y se trasmite por el vehículo de los padres á los hijos, formándose de aquí una inmensa cadena cuyos eslabones tienen entre sí íntima conexión; y que habiendo tenido su origen cuando el sol que nos ilumina, tampoco concluirá hasta el día en que éste pierda su luz para sepultarse por siempre.

JUAN LUIS BLANCO.

## LOS ZAPATOS DEL AVARO.

Non propter vitam faciunt patrimonia quidam,  
sed vitio cæci, propter patrimonia vivunt.

JUVENAL: SÁTIRA XII.

Durante el reinado de Arum-al-raskid, vivía en Bagdad un viejo usurero, que habia llegado á hacerse célebre, no tanto por sus grandes riquezas, cuanto por su avaricia y ruindad.

Apesar de que sus arcas encerraban tanto oro ó más aun que las del mismo califa, habitaba una miserable casucha desmantelada, comía un mendrugo de pan negro, y sus vestidos eran harapos tan asquerosos, que los hubiera desdeñado el más infeliz pordiosero. Al verle atravesar las calles de la ciudad, con los piés desnudos, lleno de andrajos, pálido, demacrado y encorvándose sobre su baculo, como si no tuviera fuerzas para erguirse, movíanse á compasion los que no le conocían y le alargaban ya una moneda, ya ropa, ya alimento, que Abu-Miskin, por que de algun modo hemos de llamar á nuestro héroe, se guardaba muy bien de rehusar.

Sin embargo, esto sucedía rara vez, pues solamente los forasteros se dejaban engañar por las apariencias de pobreza de Abu-Miskin; los habitantes de Bagdad sabían á que atenerse y le acusaban de comerciar con la prodigalidad de algunos jóvenes incáutos á quienes prestaba dinero al quinientos por ciento, ó compraba, por bajo precio, sus futuras herencias. A este indigno agiotage se atribuían las riquezas que en vano trataba de ocultar.

Cierto dia, cruzaba el mercado Abu-Miskin, y acertóle á ver un jefe de caravana que habia llegado á Bagdad aquella misma mañana para vender chales de Cachemira, sándalo y perlas. Conmovidó el buen árabe por el miserable aspecto del avaro, le detuvo.—«La paz sobre tí, anciano, exclamó, el profeta lo ha dicho,» *la oracion nos pone en el camino del Eden, el ayuno nos lleva á su puerta, pero la limosna nos hace entrar en él.* Tu eres viejo y débil, yo mozo y robusto, tu pobre, yo rico, tu vas descalzo, yo llevo calzado, toma pues mis zapatos y mi bolsa. Abu-Miskin que no estaba acostumbrado á semejantes ofrecimientos, aceptó una cosa y otra sin hacerse de rogar, colmando de bendiciones al generoso beduino, que se retiró murmurando al texto del Coran. *Dad limosna y sereis recompensados por mano del Eterno que os librárá de tormentos y terrores.*

Imposible sería describir la alegría que se apoderó de Abu-Miskin; apenas hubo perdido de vista á su bienhechor, corrió á su casa, abrió la puerta y vació la bolsa sobre un poyo de piedra que le servía de mesa. Treinta *dynares* de plata se despararon produciendo un sonoro estrépito. No esperaba el avaro tan agradable sorpresa, suponía que la bolsa contendría algunas monedas de cobre, y al ver la plata, conmovióse de tal manera que faltóle poco para desmayarse. Serenóse al fin, y comenzó á examinar los *dynares* uno á uno; los hacía saltar sobre la piedra, los frotaba contra el cabello, los mordía para juzgar de su legalidad y cuando se cercioraba de ella, una sonrisa de satisfaccion de-

sarrugaba su macilento semblante. Al sonar la última moneda, Abu-Miskin palideció, por que habia producido un sonido seco y apagado, como si estuviese hecha de plomo; repitió la operacion, por que creía haberse engañado, y obtuvo igual resultado, llevóla a la cabeza y el brillo de la plata desapareció, fué á morderla y sus dientes penetraron en ella, sin encontrar más que una ligera resistencia. Entonces se convenció de que aquella moneda era falsa y exclamó lleno de rabia.—¡Maldito! ¡maldito! me ha robado, me ha engañado, me ha dado un *dinar* de alquimia! perro, ladrón, ¡maldigalo Alah! ¡El miserable se abandonaba á su cólera, á su avaricia y á su ingratitud, olvidando que habia recibido los treinta *dynares* como una limosna!

Por fin hubo de resignarse, proponiéndose devolver la moneda falsa á cualquiera comerciante, aparentando que la habia recibido de él. Por otra parte los zapatos bien valian hasta tres *dynares*, suma que triplicaba la que, segun él, habia perdido; salió pues con ánimo de venderlos, pero reflexionó luego, que como estaban algun tanto usados, querrian darle por ellos menos de lo que valian.—¡Bah, se dijo, yo no soy hombre que me deje robar tan aínas, los guijarros y la arena mortifican mis piés, estos zapatos me vienen como caídos del cielo, usémoslos pues, permitámonos este lujo!

Hecho este razonamiento, llenó de clavos las suelas de los zapatos para que le durasen más, y se los calzó. Al dia siguiente, cuando los habitantes de Bagdad repararon en que no iba descalzo, se preguntaban llenos de admiracion, si Abu-Miskin se habia vuelto loco, por que no acertaban á comprender que estando cuerdo, pudiese haber caído en la prodigalidad sin ejemplo, de usar zapatos. Pero pasó un dia y otro y el pueblo se acostumbro á ver con zapatos á Abu-Miskin.

Al cabo de un año, los zapatos comenzaron á romperse y el avaro á componerlos; hoy poniéndoles una pieza, mañana un clavo, consiguió hacerlos indestructibles, pero no sin perjuicio de su forma, porque á los cinco ó seis años, más que zapatos eran dos objetos informes, incalificables, tan grandes, tan pesados, tan feos, tan repugnantes, que cuando en Bagdad, se pretendía encarecer de una manera hiperbólica lo feo, lo deforme y súcio de una cosa, se decía: ¡Oh, se parece á los zapatos de Abu-Miskin!

El diablo, que nunca duerme, mejor dicho, la providencia, que no deja pecado sin castigo, hizo que un dia Abu-Miskin se dirigiera á los baños públicos á practicar una ablucion general. Dejó, como es costumbre entre los musulmanes, los zapatos en la puerta de su celda, cerró tras si la puerta, y despues de haberse despojado de sus guñapos, metióse en la pila. Mientras tanto, uno de los bañistas, hombre burlon y amigo de divertirse, vió los horribles zapatones y los llevó á la puerta de la celda donde el visir Jiaffar, que tambien se bañaba á la sazón, habia dejado los suyos, y luego colocó estos á la de Abu-Miskin.

Cuando este salió del baño, y en vez de sus as-

querosos zapatos, vió unas magníficas babuchas de tafílete bordadas de oro y piedras preciosas, se frotó los ojos creyendo que soñaba, pero impulsado por la avaricia no se paró á explicar el extraño cambio; temió que se presentara su dueño á recobrarlas, y ante esta idea, se las calzó apresuradamente y huyó á su casa frotándose las manos de contento.

Poco tiempo despues, salió del baño el visir, y en lugar de sus babuchas, encontró aquellos zapatones que se habian hecho célebres y que todo Bagdad conocía por de Abu-Miskin. ¡Ah miserable! ¡avaro, ladrón! exclamó Jiaffar, ¿con que no le bastaba robarme, sino que ha querido además burlarse de mí, dejándome esta inmundicia? ¡Por las barbas del Profeta que me las ha de pagar!

Inmediatamente hizo que trajeran á Abu-Miskin, á su presencia, y como le hallaran el cuerpo del delito, de nada sirvió que se disculpára, ni aún que dijera la verdad. Jiaffar creyó que era una nueva burla y por primera vez, le condenó á un mes de prisión y cien zequies de multa.

Apenas salió Abu-Miskin de la cárcel, cuando se apresuró á poner por obra, el propósito que habia hecho de librarse de aquellos zapatos, que le costaban más caros que si los hubiese comprado á peso de oro. Dirigióse á las riberas del Tigris y los arrojó en el agua, no sin dar un tristísimo suspiro, al recordar que podia haberlos vendido cuando los recibió. Volvióse con esto á su casa y trató de dormir, infructuosamente por que los cien zequies de la multa, no se apartaban un instante de su imaginación y le quitaban el sueño.

Levantóse muy de mañana al día siguiente y apenas abrió la puerta de su chiribitil, cuando se le acercó un *wacir* y le intimó que le siguiese. Habia sido demandado ante el *cadí* por unos pescadores cuyas redes habian roto los enormes zapatos, y reclamaban una indemnización. En vano lloró, pateó, y juró Abu-Miskin, que él no habia visto á nadie pescando cuando arrojara los zapatos al rio; el *cadí* le condenó á pagar doscientos zequies, y á recibir treinta palos en el vientre, sentencia que se ejecutó sobre la marcha.

Medio muerto, volvió á su casa Abu-Miskin, llevando debajo del brazo los zapatos que le habian sido devueltos. Quería destruirlos, aniquilarlos; ¡ah! pensaba, más me hubiera valido venderlos cuando me los dió el caravanero, ¡nécio de mí! Mientras se reconvenía á sí mismo, subió á su azotea y lanzólos al aire con todas sus fuerzas. Los zapatos fueron á caer á una callejuela inmediata, pero con tan mala ventura, que uno de ellos dió en la cabeza á una mujer causándole una profunda herida, y el otro rompió todas las piezas de cristal que tenia espuestas en el suelo un vendedor ambulante.

A las dos horas se le presentó de nuevo el terrible *wazir*. Nueva paliza y nueva multa, pero elevadas al cuadrado, como diría un matemático, Abu-Miskin pensó volverse loco, gimió, blasfemó, se mesó las barbas y volvió á su casa con los malhadados zapatos. En cuanto llegó, púsose á abrir un hoyo para enterrarlos, pero como ya era muy entrada la noche, sus vecinos que oyeron ruido, creyeron que eran ladrones y corrieron dando gritos á dar parte

al *cadí*. Este que se hallaba rondando la ciudad con sus *wazires*, marchó al lugar que se le indicaba y notando que era la casa de Abu-Miskin, penetró en ella, lo hizo atar y le condenó, como perturbador del orden público, á pagar trescientos zequies y recibir cincuenta palos en las plantas de los piés.

Desesperado Abu-Miskin creyó que el mismo Eblis le perseguía, que aquellos zapatos estaban encantados y causarían su completa ruina si no los destruía de una vez. Tanto afán, tanto cuidado como ponía en otro tiempo en conservarlos, tanto empeño tenia ahora en hacerlos desaparecer.—Estos malditos, decía, han salido del infierno ¿como concluir con ellos?

Después de muchas vacilaciones, decidió quemarlos. Amontonó algunas astillas y carbones en el pátio de su casucha y formando una hoguera, los arrojó en ella. Desgraciadamente, las llamas crecieron de tal manera que se apoderaron del techo y en pocos momentos el fuego se propagó á las viviendas vecinas. Acudió el *cadí* y luego que hubo hecho apagar el incendio, informóse, de donde habia partido. Abu-Miskin confesó que él habia tratado de quemar sus zapatos. Nunca hubiera proferido semejantes palabras, el *Cadí* hizo que *incontinenti* le cortaran una oreja y le impuso una multa de cuatrocientos zequies!

Desorejado y arruinado Abu-Miskin, dió sin embargo, gracias á Alah que le habia libertado de sus zapatos. Esta idea le consolaba algun tanto, pero ¡cual no fué su asombro al volver á su casa, viendo sus zapatos sobre un monton de ceniza, íntegros como si fueron incombustibles!

Abu-Miskin comprendió entonces, que en vano trataba de eludir la pena, no dejando de cometer el delito. Aquellos zapatos eran el castigo de su avaricia y mientras que no se corrigiera de esta, no podria verse libre de aquellos. Enmendóse pues, y de avaro y usurero, se hizo liberal y caritativo. ¡Cosa rara! los zapatos abandonados en un rincon, se fueron pudriendo poco á poco, y al cabo de algunos años no quedó vestigio de ellos.

¡Cuántos sujetos que yo conozco, debieran tener unos zapatos como los de Abu-Miskin!

DIONISIO J. DELIGADO Y RENDON.

## POESÍA.

### TU IMÁGEN.

Lucho por olvidar un solo instante  
 Tu imagen adorada,  
 Que cual aciaga, vaporosa sombra,  
 Ante mí se levanta;  
 Mis esfuerzos son vanos, ilusorias  
 Todas mis esperanzas,  
 Pues el reflejo de tu imagen bella  
 Impreso está en el fondo de mi alma.

N. DIAZ ESCOBAR.

## NUBES DE VERANO.

De una tarde estival el bello cielo  
Parda nube de súbito oscurece,  
Y apenas extendido el pardo velo  
Súbito desaparece.

Así las tempestades, que en el alma  
El amor estallar hace tirano,  
Para volver de súbito á la calma,  
Son nubes de verano.

FERNANDO ARAUJO.

## LA SENDA.

Se parte alegremente  
soñando con promesas venturosas;  
el cielo está riente,  
lleno el camino de encendidas rosas.

Al regresar se vuelve paso á paso;  
hiel es el alma, los altares ruinas;  
el sol ha descendido en el ocaso  
y en el camino hay lágrimas y espinas.

ALBINO MADRAZO.

## ELLA.

¿Es tan pura, tan bella, tan graciosa!  
¿Quién podrá no adorarla?  
¿Quién en sus ojos negros y rasgados  
No deja presa el alma?

¿Quién el perfume de su dulce aliento  
No busca con empeño?  
¿Quién no anhela escuchar de su voz suave  
El melodioso acento?

Todos al verla, estáticos la admiran,  
Y hasta naturaleza  
Suspensa, dice al aura con orgullo:  
— ¡Es mi obra maestra!

RAFAEL QUINTANA Y MEDINA.

## GERARQUÍAS.

¿El hombre...? y qué es el hombre  
Ante el supremo rey de tierra y cielo,  
Que dá rumbo á las olas de los mares  
Y luz al firmamento?

¿Qué es el hombre? ¿Qué es? Un ser esclavo  
De sus propios deseos,  
Quizá imagen de Dios: pero forjada  
Con deleznable cieno.

DOMINGO ARJONA.

## LA FELICIDAD.

En el mundo, á no dudar,  
Se vive para sufrir,  
Se sufre para llorar,

Llora el que sabe sentir,  
Y el que siente sabe amar.

El hombre tras el placer  
Corre ciego y afanoso,  
Y tras de tanto correr  
Y soñar con ser dichoso,  
Muere sin llegarlo á ser.

Pero ser feliz pudiera,  
Y en extremo, mal que asombre,  
Si á las pasiones venciera,  
Y al propio tiempo aprendiera,  
Cual dice un sábio, á ser hombre.

Mas nadie á dudar se atreve  
Que esto fuera empeño loco,  
Por que es la vida muy breve,  
Y el hombre vive muy poco  
Para aprender lo que debe.

J. G. CAPILLA.

## NOTICIAS.

El día 20 del corriente, regresó á Salamanca el Excmo. é Illmo. señor obispo D. Narciso Fernandez Izquierdo, administrador apostólico de esta diócesis.

Han resultado elegidos diputados provinciales, D. Petronilo Orea por el distrito de la ciudad, don Francisco Forn, por el de Fuentes de Oñoro y don Robustiano Bisueño por el de Martiago.

El miércoles se sacó á pública subasta ante el señor Alcalde y administrador de rentas, el servicio de conduccion en carruage del correo diario entre esta ciudad y la capital de la provincia, por la cantidad de 5,500 pesetas anuales, sin que se presentase ningun postor.

Enviamos el testimonio de nuestra sincera gratitud al ilustrado periódico algecireño «El Último Telégrama,» por las cariñosas frases é inmerecidos elogios que á nuestro querido director dedica, con ocasion de reproducir su leyenda titulada «El rosario,» que ya conocen los lectores de «El Eco del Águeda.»

El miércoles 18, celebró su primera misa en la parroquia de Santa Marina (Arrabal del Puente) el presbítero D. Mariano Rubio.

En la semana pasada giró la revista de inspeccion á las fuerzas de carabineros, el señor coronel gefe del distrito.

El domingo salieron para Madrid, los presbíteros D. Santos Castaño y D. Ricardo Pairot, con objeto de tomar parte en las oposiciones á capellanías de regimiento y de hospitales militares, que tendrán lugar en el próximo mes de octubre.

## ANUNCIOS.

**E**l día 2 de octubre próximo á las 11 de la mañana, se vende en subasta particular una dozava parte del edificio TEATRO de esta ciudad, en la notaría de D. Telesforo Mayor donde está de manifiesto el pliego de condiciones. No se admitirá postura menor de 5,000 rs.

## ALMANAQUES AMERICANOS PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta librería un magnífico surtido de almanaques de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. También se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanaques «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tío Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Gracia.

## ARTE DE COCINA.

Magnífico y excelente tratado culinario escrito por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y propietario del Gran Hotel de Mata en Lisboa, precedido de un prólogo de D. Alberto Pimentel y traducido al español por D. José Araujo. Forma un tomo de más de cuatrocientas páginas ilustradas con grabados intercalados en el texto. Se vende en esta librería al precio de doce reales cada ejemplar.

**VENTA** de una casa sita en la calle de Granada número 10. El que quiera interesarse en su compra, en esta imprenta se le dará razon.

*Mercado de Ciudad-Rodrigo, 24 de Setiembre.*  
Trigo candeal, de 42 á 44 rs. fanega.—Idem barbilla, de 39 á 41 id.—Centeno, de 28 á 30 id.—Cebada, de 22 á 25 id.—Algarrobas, de 20 á 22 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs. arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.º á 17 rs. arroba.—De 2.º á 16 id.—De 3.º á 15 id.—De 4.º á 10 id.—Menudillo a 3 id.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN  
á 10 rs. el ciento.

En la misma librería, se sigue espendiendo con una aceptación asombrosa, la verdadera y legítima

**TINTA UNIVERSAL,**  
(EN POLVO.)

# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la redacción de el „El Eco del Águeda,“ se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por conision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administración central.

—¡Ah! no, creedme,—replicó el príncipe adivinando que hablaba á un hombre nacido, no para encorvarse en las antessalas de los grandes, sino para mirarlos cara á cara.—*Anch'io son pittorey* sé lo que valeis. (1) Pero dispensad mi inmodestia,—continuó interrumpiéndose festivamente,—he dicho que soy pintor y ¡por Dios! que lo he hecho más por emplear la frasecilla italiana que por que así lo piense. Y ¿quién se atrevería á llamarse pintor delante de vos?

Rivera se inclinó respetuosamente pero calló; sin duda era de la misma opinión que D. Juan de Austria.

—Creo,—continuó el príncipe,—que no es solamente el pincel el instrumento que manejaís á las mil maravillas, sino también la espada. Segun me han dicho, lo han echado de ver más de una vez los napolitanos, á quienes debéis la justicia de vuestro renombre. ¡Pardiez! confesad que á pesar de todo, no quereis mucho á estos revoltosos.

—Perdone V. A., pero se equivoca, los quiero y ¿cómo nó, si ellos me han dado fama y riquezas? Los quiero porque mi esposa es napolitana y Nápoles es la pátria de mis hijos: más yo no olvidaré jamás que nací español, y antes que mi gloria y mi fortuna, antes que mi esposa y mis hijos, está mi lealtad; yo no puedo ser ingrato, pero mucho menos traidor.

—Bien dicho ¡por Santiago!—contestó el príncipe tendiendo nuevamente su diestra al pintor, que esta vez la estrechó como si fuera la de un antiguo camarada.—¿Me permitireis que vaya á visitaros á vuestro estudio, que admire vuestras obras?

—Me dispensais sumo favor; mi estudio y mi casa se verán muy honrados si os dignais visitarlos.

Al dia siguiente del en que tuvo lugar este diálogo, D. Juan entró en el taller de Rivera y se detuvo lleno de admiracion

(1) El autor de esta frase, que se ha hecho tan vulgar en todas las naciones, es Antonio Allegri, llamado *il Corregio*, que contemplando un lienzo de Rafael, conoció que él no valía menos y exclamó: *Tambien yo soy pintor*.

ante el lienzo que estaba en el caballete.

Representaba á Vénus rodeada de las tres gracias.

—¡Oh! que prodigio! ¡si la belleza humana pudiera llegar á este ideal!—exclamó.

—¿Por qué lo decís? señor,—preguntó el pintor.

—Porque veo que en esas cuatro mujeres, habeis acumulado toda la belleza que el hombre puede imaginar; más aun, toda la belleza que el génio de un artista sublime puede concebir en un delirio de belleza; porque son retratos sin original, ideas-tipos, concepciones fantásticas.

—Se engaña V. A., yo no he creado nada, me he limitado á copiar. Esas mujeres existen y son aun más hermosas que en el lienzo, porque no he podido trasladar á él, el movimiento, la vida, el alma, en fin.

—¿Que existen, decís? ¿Os burlais? ¿Es posible que haya diosas en el mundo? ¿Luego hay que creer ciegamente lo que nos cuenta la mitología! Por que á existir realmente tales bellezas, no pueden ser otras que Vénus y las tres gracias, á quienes yo juzgaba divinidades fabulosas.

—Nada menos que eso, señor. Esos tres retratos son los de mi esposa y mi tres hijas.

D. Juan hizo un movimiento de asombro, pero inmediatamente asomó á sus lábios una sonrisa incrédula. Había visto mujeres hermosas, hermosas hasta dar miedo de serlo tanto, pero al fin su hermosura, aunque maravillosa, no era *imposible*, y la de Vénus y las tres gracias era más que imposible; era una hermosura absurda porque escedia á toda perfeccion; ó mejor dicho, era una imperfeccion perfectísima. Así es, que al propio tiempo que se sentía anonadado por el infinito poder creador del artista que había concebido el último tipo estético, compadecía al hombre que se dejaba cegar por el cariño hasta el punto de creer realizado aquel ideal en su esposa y sus hijas.

Ardía en deseos de verlas para apreciar la inmensa distancia, que segun él, debía haber entre los modelos y la copia; mejor dicho entre la realidad y la fantasia.

El pintor leyó en el alma de D. Juan, como en un libro abierto y quiso gozar de su confusión.

—Si V. A. se digna venir pasado mañana á mi casa,—le dijo,—se las presentaré en el baile con que me propongo obsequiaros.

Don Juan se sintió transportado de alegría á aquella propuesta. El rostro de una de las tres gracias le habia enloquecido y no acertaba á separar los ojos de él.

—Caballero,—contestó,—sois la flor y nata de los hombres galantes; acepto vuestra promesa y vuestro convite.

—Gracias, señor.

—Hasta pasado mañana pues, quedáos con Dios.

—Que él acompañe á V. A.,—y el *Spagnoletto* siguió al príncipe hasta la puerta del taller. Allí se volvió D. Juan y antes de salir, arrojó una codiciosa mirada sobre el lienzo como si le costara gran trabajo perderlo de vista.

## II.

El día 12 de Enero de 1588, abrió los ojos á la luz José Rivera en la risueña Játiva, y bajo su apacible cielo, al lado de una madre cariñosa, mimado y consentido, vió deslizarse tranquilamente uno tras otro, doce años, los más dulces de su vida.

Pero aquella felicidad debia tener un término y llegó el día en que su padre, veterano capitán de los tercios españoles, pensó en dedicarle á una profesión honrosa que le diera para vivir, por que aunque bien otra era su voluntad, él no podía legar á su hijo más herencia que un nombre inmaculado, una ejecutoria polvorienta y ennegrecida, y una vieja espada que se habia teñido de sangre en cien combates.

La carrera de las armas hubiera sido la preferida por D. Luis,

El día que hizo su entrada triunfal en Nápoles D. Juan de Austria, vió entre los muchos que habian salido á recibirle, un caballero cuya hermosa cabeza parecia haberse desprendido de un lienzo de Van-Dick. Los rasgos de su fisonomía, de una corrección admirable, tenían sin embargo algo de duro y bravo, porque en aquella boca bullia siempre un mohín de desden y era tal el brillo de sus ojos, rasgados como los de un árabe del desierto, que era imposible sostener su mirada de águila. Habia en ellos algo del fulgor cárdeno y terrible del relámpago. Ese *quid divinum* que llaman génio, aparecia en su frente coronada de un bosque de cabellos negros y sus altivos modales le daban al continente de un monarca.

D. Juan habia observado todo esto y lleno de curiosidad preguntó quien era aquel caballero.

—Es José de Rivera,—le dijeron,—el primer pintor de Nápoles y uno de los que con más brío han combatido por España en la pasada sublevación.

—¡Ah! ¿el autor del martirio de San Bartolomé? ¿el célebre *Spagnoletto*?

—El mismo, señor.

El hijo de María Calderon (1) era artista y hasta pintor, de quien se ha dicho que, si no hubiera nacido príncipe, como tal hubiera pedido vivir con el producto de su pincel, así es que haciendo una seña á Rivera para que se acercara, le dijo:

—Señor caballero, ha tiempo que deseaba estrechar esa mano que maneja de tan sublime modo los pinceles,—y le alargó la suya cariñosamente.

Rivera se la llevó á los labios con respeto pero sin bajeza. —Vuestra alteza me honra demasiado.—contestó como el que responde á una galantería con otra galantería.

(1) Célebre comediante de aquella época y manceba del rey Felipe IV. D. Juan nació en Madrid á principios del año 1629 y fué reconocido por su padre.